



DON PATRICIO DE CORDOBA Y AGUILAR.

*NUEVA RELACION, EN QUE SE DA CUENTA
y declaran los trágicos sucesos de este Caballero, natural de
la ciudad de Lisboa: espresa como estando cautivo renegó, y
como despues se vió muy arrepentido; y el dichoso
fin que tuvo.*

En la ciudad de Lisboa,
residia un caballero,
su nombre era Don Patricio,
de Córdoba y Aguilar,
valiente como atrevido.
Casó con una Señora
de linage esclarecido,
Doña María de Flores,
que era en belleza un prodigio.
Dios les dió á los nueve meses
una niña, que al sol mismo
le formaba competencias,
y por nombre en el bautismo
le pusieron Margarita,
de Aguilar por apellido.
Todos estaban gustosos;
pero la fortuna quiso
rodear una desgracia,
y fue que este Don Patricio,
por defender una dama,
tuvo cierto desafio,
y dió muerte á un caballero,
y conociendo el perjuicio,

tuvo por bien de ausentarse,
y ya cansado y rendido,
poco distante del mar,
en un arenal metido,
allí dió parte á la noche
algo triste y pensativo;
y fue que al amanecer,
apenas el sol salido
al mundo daba sus luces,
reparó que un gran ruido
andaba entre las enneas;
púsose de pies de un brinco,
y registrando la vista
lo que le informó el oído,
reconoció brevemente,
ser Moros, que en aquel sitio
iban buscando Cristianos;
y ellos apenas lo han visto,
quando entre todos lo cercan,
y él viéndose ya perdido,
sacó la tajante espada,
con cuyos cortantes filos
empezó á romper arneses,
tirando á tino y sin tino

rebeses y cuchilladas:
y ya en corage encendido,
á qual el cuello le corta,
brazos y piernas lo mismo.
Ya estaban diez Moros muertos,
y otros quatro ó cinco heridos,
no le paraba delante
el que queria estar vivo,
ya los Moros le temian;
pero su desgracia quiso,
que se le quebró la espada,
y con su recazo mismo
procuraba defenderse
valiente como atrevido.
El Arraez lo miraba,
y de ver su heroyco brio,
se enamoró del Cristiano,
y estas palabras le dixo:
Cristiano fuerte y valiente,
ya tengo reconocido
el mucho valor que tienes,
pues en mi presencia he visto,
que de quarenta soldados
de todos te has defendido;
y por Mahoma en quien creo,
que prometo ser tu amigo,
y guardarte lealtad.
Ríndete, que ya es preciso,
pues ya no puedes valerte;
y respondió: ya me rindo,
que á no faltarme las armas,
no me diera por vencido.
Con esto el Moro le abraza,
y el Cristiano con cariño
los brazos le manifiesta
en señal de agradecido.
Prometiósse el uno al otro
ser en lo siguiente amigos:
marchan para la marina,
y embárcanse en un navío,
que á la vista lo tenian,
volante cisne de pino;
rompiendo las negras ondas
del piélago cristalino,
al mismo Argel dieron vista
con contento y regocijo.
En tierra se desembarcan,
y el Capitan, como digo,

llevó á su casa el Cristiano,
y á la Mora le previno,
que le compusiese un quarto
para hospedar al Cautivo.
La Mora le preguntó:
qué personage has trahido
para hacerle este hospedage?
El Moro le ha respondido:
este es el leon de España,
un grande amigazo mio,
que por su mucho valor
merecia (aquesto es fixo)
la corona de este imperio,
y no es mucho lo que digo.
La Mora lo recibió
con cortesanos estilos:
á su mesa lo sentaban,
porque estaba muy querido
de sus amos, Moro y Mora,
y de todos aplaudido.
Y de allí á muy pocos dias
el Moro que llevo dicho,
por mandado de su Rey
fue á campaña, donde hizo
hazañas muy memorables:
de allí á poco tiempo vino
cierta noticia á la Mora,
como habia fallecido
el dicho Moro en campaña.
Lloró la Mora al principio,
que es accion que observan todas,
quando mueren sus maridos;
y pasado el sentimiento
(que dura poco es muy fixo)
ya la Mora se abrasaba
en amores del Cautivo.
Y un dia estando conriendo,
le dixo: Cristiano mio,
si tú dexáras tu ley,
y siguieras la que sigo
de mi profeta Mahoma,
tú te casáras conmigo,
y gozáras de mi hacienda,
y en mí tuvieras dominio.
Era hermosa como el sol,
y tal vez vencen, es fixo,
las armas de la hermosura,
y así se quedó rendido;

y por no estar en desgracia
de aquel agareno hechizo,
en efecto renegó
de la ley de Jesucristo,
y se casó con la Mora,
ciego, torpe, inadvertido;
gozábanse muy amantes
uno con el otro unidos.
Dexemos al Renegado

con la Mora divertido,
que en la otra segunda parte
hablaremos, que es preciso,
de su muger la Cristiana,
caso que jamás se ha oido:
pues él, su esposa y su hija
lograron en el suplicio
la corona de laureles
en las aras del martirio.

SEGUNDA PARTE.

Supuesto que prometí,
como arriba llevo dicho,
hablar de Doña María,
atencion, que ya prosigo.
Después de aquella desgracia
de aquella muerte que hizo,
por cuya causa fue ausente
el famoso Don Patricio,
quedóse Doña María
metida en un laberinto,
por no saber de su esposo,
aunque diligencias hizo:
le dieron cierta noticia,
que su consorte y marido
estaba en la gran Coruña;
al instante se previno
de aquello mejor que pudo,
dineros, joyas y anillos.
Ella y su hija se embarcan
para el puerto referido;
pero quiso su desgracia,
que unos Moros argelinos
costeando aquellos mares,
cautivas las han cogido.
Dieron en Argel con ellas,
y entre otros muchos cautivos
á las dos ponen en venta:
pasaba á este tiempo mismo
Zelima Mora, y muger
del Renegado Patricio,
y viendo en las dos Cristianas
talle ayroso y peregrino,
las ajustó y las compró,
y se las llevó consigo,
sin saber lo que llevaba;

y á la noche quando vino
el Renegado á su casa,
la misma Mora le dixo:
aquí tienes dos esclavas
que he comprado, dueño mio.
Ellas dixeron: señor,
ambas á dos te pedimos
que suplas nuestros defectos,
como varon entendido.
Tenia el hombre un lunar
en la barba muy crecido,
y viéndole la Cristiana,
sus ojos se hacian rios;
y al cabo de poco tiempo,
un dia que habia salido
la dicha Mora de casa
á unos negocios precisos,
le preguntó el Renegado
cariñoso y compasivo:
Cristiana, dí, por qué lloras,
que muchas veces he visto,
que en mirándome te afliges?
Y ella así le ha respondido:
no sé para mí qué tienes,
que cada vez que te miro,
no me puedo reportar.
Tenia el esposo mio
(ay de mí) otro lunar,
como ese que tienes mismo
en vuestro rostro, Señor;
esta es la causa ó motivo.
De qué tierra eres de España?
De Lisboa á tu servicio.
Cómo á tu esposo llamaban?
Era su nombre Patricio

de Córdoba y Aguilar,
padre de esta niña mismo,
que quedó muy pequeñita.
Cielos, qué es esto que miro!
Tú mi amada esposa eres,
y yo tu amado marido:
dame en albricias los brazos.
Y ella prudente le dixo:
no puede ser el que toquen
esos brazos con los míos.
Pues dime, no eres mi esposa?
Hay que hacer en eso mismo:
soy tu esposa, y no lo soy;
lo soy por la Iglesia, es fixo,
mas tú de la Iglesia huyes,
y así de tí me retiro,
que no puede en ley contraria
haber matrimonio unido.
Gózate con quien te gozas,
pues yo misma soy testigo
de mi agravio y mi desdicha:
rebiento solo en decirlo!
Yo verte en ajenos brazos
entre arrullos de amor finos!
Antes que el dolor me acabe,
desembayna el damasquino,
y quitarás de una vez
mi vida, que ya no estimo.
La pena que más me afligé,
es que tengas, atrevido
vueltas á Dios las espaldas,
sin temer á los abismos.
Entonces metió la mano,
y sacando un crucifixo,
que tenia colocado
dentro de su pecho, dixo:
solamente en tal Señor
espero, creo y confío
de que me ha de perdonar
mis pecados cometidos:
si yo renegué, no fue
de corazon, que el designio
fue por no estar en desgracia
de esta Mora á quien yo asisto.
El disimular importa,
mientras que yo prevenido

estoy de mucha riqueza,
que despues con gran sigilo
nos pasaremos á España,
y todo será cumplido.
Y apenas hubo juntado
plata y oro quanto quiso,
de secreto se embarcaron
en un endeble barquillo:
metiéronse mar adentro,
en ocasion que un navío
del mismo Argel los prendió,
y con cuidado exquisito
al mismo Argel los volvieron,
y los tres puestos en juicio,
acusados de la Mora,
por rebelde su marido,
y adulterar las mugeres,
con la informacion que hizo,
promulgó el Rey la sentencia
en derecho á sus delitos,
que mueran los tres quemados,
segun ley, por fugitivos.
Ya la hoguera prevenida
tenian para el martirio,
sacando los delincuentes,
los tres publican á gritos
misterios de la fe santa,
y decia Don Patricio:
muera esta bárbara secta,
y viva la fe de Cristo.
Puso en el cielo los ojos,
dixo: Dios y Señor mio,
por ser tu misericordia
mucho mas que mis delitos,
confío has de perdonarme,
pues ya lloro arrepentido
con un dolor entrañable
lo mucho que te he ofendido:
esta vida te consagro.
Ellas decian lo mismo;
y despues de apedreados
hasta llegar al suplicio,
á las llamas los echaron:
y despues de fallecidos,
con corona de laureles
gozaron del cielo empíreo.